

TEMAS
BIBLIOTECARIOS

Otros Libreros y Editores de Buenos Aires

Por

DOMINGO BUONOCORE

1. Continuación. 2. Natalio Tommasi, el librero acriollado. 3. Ivaldi y Checchi, editores prolíficos. 4. Nicolás García Olano, librero idealista. 5. Rafael Palumbo, el patriarca de los libreros de viejo. 6. Libreros olvidados. 7. Tres impresores famosos: Martín Biedma, Stiller y Laass y *La Vasconia*, de Francisco Grandmontagne.

1. CONTINUACIÓN

EN un trabajo publicado hace varios años¹ intentamos la historia sumaria de algunos aspectos del comercio librero y de la industria editorial en el país, con referencia a las casas del ramo establecidas en la ciudad de Buenos Aires desde 1810 hasta el primer tercio del siglo actual.

Allí se estudia el origen y desarrollo de las entidades más importantes, con el propósito de señalar la gravitación que las mismas tuvieron en el progreso intelectual de nuestro medio.

Hoy volvemos sobre el tema para completar, con la mención de otros nombres, la nómina de quienes se entregaron al noble afán, por el vehículo de la imprenta, de la difusión y venta del libro.

Por supuesto, la tarea no termina con este artículo. En un próximo estudio examinaremos el aporte que, en este mismo sentido y paralelamente al realizado por los editores profesionales, ha cumplido nuestro periodismo al margen de su misión específica informativa, sobre todo en la segunda mitad de la centuria pasada.

Es bien sabido, en efecto, que gran parte de la literatura argentina contemporánea ha tenido su bautismo de fuego en las páginas de nuestros grandes diarios. Allí, junto a las columnas del editorial de ac-

¹ BUONOCORE, Domingo, *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*. Buenos Aires, El Ateneo, 1944.

tualidad, era habitual hallar cotidianamente, la polémica áspera sobre episodios históricos, el artículo de crítica literaria, la semblanza biográfica, el verso nuevo, el cuento corto o el fragmento de novela que, al cabo del tiempo, se reunirían en un solo haz formando el volumen perdurable.

De esta manera, por ritmos sucesivos y gracias al amparo generoso de los hombres de prensa, vieron la luz, en ediciones pre-originales, no pocas obras clásicas de las letras rioplatenses.

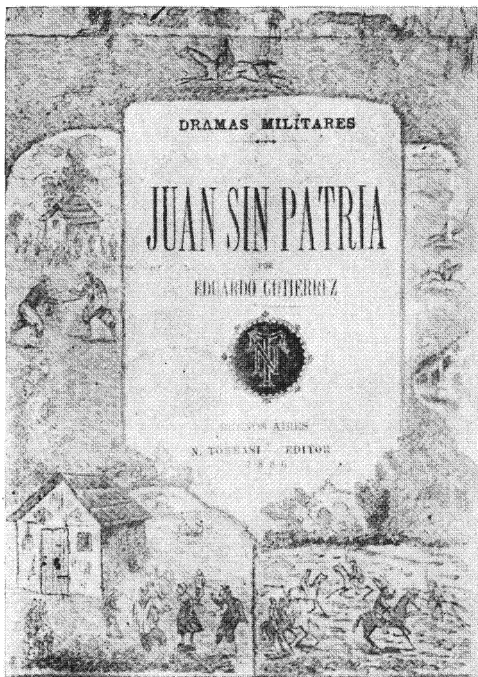
Pero esto, repetimos, será materia de capítulo aparte. Las breves notas que siguen no pretenden otra cosa que fijar y ordenar datos y referencias de probable utilidad para una probable historia del libro nuestro, vale decir, de un libro sobre el libro argentino. El tema, de suyo apasionante, es difícil y complejo, pues lleva ínsito, como trasfondo, además del conocimiento acabado del proceso de la cultura nacional, la evolución y vicisitudes de la imprenta y de la actividad librera en el país.

Un estudio de este carácter reclama, como se comprende, un análisis exhaustivo del asunto, tanto en su dimensión específicamente bibliográfica, como en sus facetas de orden histórico, material y estético. No necesitamos decir en este sentido, que el libro constituye el documento por antonomasia de la civilización escrita, pero es, también, un intergiversable testimonio del pasado humano y, en muchos casos, un objeto de arte representativo de un estilo espiritual y de una manera de vivir de un pueblo.

Y ahora, expresada la aclaración, a nuestros libreros y editores.

2. NATALIO TOMMASI, EL LIBRERO ACRIOLLADO

Durante aproximadamente 30 años (1884-1914), este editor y librero de origen italiano, inundó el mercado con sus copiosas y renovadas ediciones populares de la novelística truculenta entonces en boga, de temas de literatura gauchesca, dramones policiales, etc.



Portada de *Juan sin Patria*, novela gauchesca, de Eduardo Gutiérrez, editada en 1886 por N. Tommasi.

Otros Libreros y Editores de Buenos Aires

Alcanzaron, así, vasta difusión Carlota Braemé, Ponsón du Terrail, *Las mil y una noches*, y otros autores de folletines que hacían llorar a nuestras abuelas.

Tommasi, que nunca sintió mucha simpatía por este género fue, en cambio, un devoto admirador y propagandista de las cosas y costumbres de nuestra tierra. Consecuente con ese gusto por lo criollo, se especializó en obras de prosa y poesía autóctonas. Y, para certificarlo, estampaba en la contratapa de sus ediciones el aviso de rigor: *En existencia permanente hay una colección de 500 payadores diferentes.*

Natalio Tommasi nació en Vergemoli, ciudad de la Toscana, en 1852, y murió en Milán el 4 de octubre de 1914. Muy joven llegó a Buenos Aires y después de ser empleado durante breve tiempo en la casa Maucci regresó nuevamente a Italia para cumplir el servicio militar. Luego, enterado de la prosperidad creciente de sus primitivos protectores comerciales, —cuya casa central estaba en Barcelona—, se decidió hacer lo propio fundando una empresa similar con sede matriz en Milán y sucursal en Buenos Aires. De esta manera retorna a la capital del Plata; ello debió ser alrededor de 1880. Antes se había casado con una connacional, Cesira Pellegrini, quien le dio siete hijos².

De las actividades de Tommasi en Buenos Aires, se tienen pocas noticias. Recientemente, León Benarós, con motivo de la reedición de *El chacho y Los montoneros*, de Eduardo Gutiérrez, en la Colección *El pasado argentino*, de Hachette, que con tanto acierto dirige Gregorio Weinberg, ha escrito para las mencionadas obras dos prólogos notables, tanto por la intención justicieramente revalorativa para Gutiérrez, como por la riqueza de información original que ambos estudios aportan.

En el segundo de los libros citados, Benarós traza una breve semblanza del famoso librero. *Era Natalio Tommasi —dice— un italiano bastante morocho, delgado, de baja estatura, acriollado y parlachín.*

² Estos datos los debemos a nuestro diligente y buen amigo, el escritor Arturo Lagorio, quien, a su vez, los obtuvo de una nieta de Tommasi, persona de su antigua relación, hoy señora Rosalia Banchs de Romero, residente en la localidad de Vicente López.

Tuvo librería y editorial —nos cuenta el librero Arturo F. Eusevi— *allá por la calle Sarmiento al 1300. En el local alternaban, en brillantes cromolitografías, la guerra de los boers, Trípoli, la Cirenaica, Sicilia, Calabria, todo el repertorio, en fin, en cuanto a guerras y bandidajes. Gustaba el editor de la compañía de payadores que hacían en el local su contrapunteada tertulia, entre los cartelones barnizados*”.

Muerto Tommasi en 1914, según dijimos, dos de sus hijos continuaron con librería en la calle Lavalle N° 1197, hasta 1923 más o menos.

Tommasi fue el editor infatigable de Eduardo Gutiérrez, autor de facundia extraordinaria cuyas novelas, dramas y crónicas históricas devoraba ávidamente el público de su tiempo. Es tarea difícil un recuento de las nutridas ediciones del famoso folletinista, pues la mayoría de las tiradas no llevan año de publicación y gran número de ellas son clandestinas. Si bien es verdad que Eduardo Gutiérrez pudo comprar su modesta quinta de Caballito con el producido de los derechos de su *Juan Moreira*, no es menos cierto, también, que don Natalio hizo gran parte de su fortuna gracias a su editado.

En el expediente judicial de la sucesión de Eduardo Gutiérrez existe un contrato en virtud del cual Tommasi reconoce a la viuda de Eduardo Gutiérrez, doña María Scotto, en concepto de derechos intelectuales, cinco centavos por cada ejemplar de los libros publicados⁴

3. IVALDI Y CHECCHI, EDITORES PROLÍFICOS

Este sello editorial gozó de singular prestigio hasta los primeros años del presente siglo. En efecto, no pocos libros de nuestra literatura, algunos bellamente ilustrados, se asocian al recuerdo de los impresores italianos, hábiles por igual, tanto en la artesanía del oficio, condición de Checchi, como en el fino instinto comercial, distintivo de Ivaldi.

³ GUTIERREZ, Eduardo, *Los montoneros*. Buenos Aires, Hachette 1961 (Colección El pasado argentino). Estudio preliminar de León Benarós, p. 13.

⁴ Cfr. BENARÓS, L., Estudio preliminar a *El Chacho*, edición citada, p. 31.

Otros Libreros y Editores de Buenos Aires

La casa remonta su fundación, según algunos avisos de propaganda, al año 1876. El establecimiento tuvo sus avatares y mudanzas. Su domicilio primero —cuando era sólo un taller de imprenta— hallábase en la calle Cuyo, hoy Sarmiento. De allí se trasladó a la calle Artes, luego Carlos Pellegrini, N° 635, donde giró durante largo tiempo bajo el rubro de librería-editorial, para terminar, finalmente, en el local de calle Reconquista N° 666, como casa especializada en la edición y venta de textos escolares.

El local de la calle Artes fue, sin duda, el que alcanzó más nombradía, pues el mismo congregó a muchos escritores ilustres de la época que, al caer la tarde, celebraban una amable tertulia. Entre ellos figuraban Adolfo P. Carranza, Martiniano Leguizamón, Godofredo Daireaux, Fray Mocho, los gramáticos José Hidalgo Martínez y Ricardo Monner Sans, etc.

Los dueños de casa, siempre cordiales y afables, eran distintos por temperamento y gustos.

Domingo Ivaldi había nacido en Génova el 4 de agosto de 1854, llegó a Buenos Aires en 1868 y falleció en la misma ciudad el 1° de agosto de 1918⁵.

Espíritu trashumante y animador de buenas iniciativas, periódicamente hacía viajes a Europa para arrojarse en su ciudad natal. *Usaba bigote de bigotera y chalecos vistosos sobre su barriguita de bon viveur. De su leontina colgaba una gran moneda de oro de la República genovesa de la que mostrábase muy orgulloso. Sarcástico con los soberbios, superhumilde con los humildes, con su aire burlón alentaba rivalidades, muy feliz de armar tremolinas. Un día llegó muy contento porque había vendido a carradas los libros de Juan Moreira y demás gauchos acumulados en su editorial*⁶.

Juan Checchi era oriundo de Pescia, ciudad de la Toscana, en Italia, donde vio la luz el 28 de febrero de 1862. No tenía 15 años cuando

⁵ Esta información nos la proporcionó Arturo Lagorio, sobrino de Ivaldi. Este último dejó dos hijas: Teresa, casada, con Daniel Baccani, hombre cultísimo, de origen italiano, que fue representante de la Agencia Havas en Sudamérica, y Camila, unida en matrimonio con Sebastián Bollo.

desembarcó en el puerto de Buenos Aires como inmigrante. En esta misma ciudad falleció el 25 de mayo de 1936.

Era un hombre laborioso, de voluntad tenaz y de una firme cultura musical y literaria. A propósito se cuenta que, siendo aún un adolescente, había adquirido a plazo un piano en el cual ejecutaba a las mil maravillas todas las óperas de moda.

Al poco tiempo no pudo satisfacer las amortizaciones, a raíz de lo cual un agente de la casa vendedora se presentó a su domicilio para recuperar el instrumento, prenda de garantía de la deuda. La pena y desolación del joven ejecutante fueron tan conmovedoras que el famoso establecimiento musical optó por desistir de sus propósitos y le regaló el piano.

Checchi, que fue un experto tipógrafo, hizo sus primeras armas en el oficio en el taller del diario *La patria degli italiani*.

Como antes dijimos, el pie de imprenta de los copropietarios italianos figura en numerosas obras de nuestra literatura. Además de José S. Alvarez y de Eduardo Gutiérrez, de quienes publicaron, respectivamente. *En el mar austral*, 1898, y *Juan Moreira, Siluetas militares*, *Carlos Lanza*, el famoso estafador, aparte de otros títulos, Ivaldi y Checchi, editaron algunos buenos libros ilustrados. En este último carácter merece recordarse especialmente, *Calandria*, de Martiniano Leguizamón, librito bien impreso que lleva 23 viñetas originales de Antonio del Nido⁷.

⁶ LAGORIO, Arturo, *Cronicón de un almacén literario*. Buenos Aires, Ediciones culturales argentinas, 1962, p. 42.

⁷ Antonio del Nido, artista español, nació en Málaga en 1863 y falleció en La Plata, donde siempre había residido, el 18 de setiembre de 1905. Miguel Cané, en uno de sus viajes, lo descubrió allá por 1890 en el estudio de Moreno Carbonero, en Madrid.

En la capital bonaerense fundó una Academia de Bellas Artes y se desempeñó, además, como profesor de dibujo en el Colegio Nacional.

Fue pintor de nuestro ambiente y costumbres criollas. De esa pasión argentina han quedado algunas telas como *Una tapera*, premiada en la exposición artística de 1903, *La tropa de carretas* y *La majada*, un bello paisaje pampeano. Antonio del Nido ilustró, también, *Recuerdos de la tierra*, del mismo Leguizamón, conjuntamente con Malharro y Fortuny, una de las obras más raras y hermosas

Otros Libreros y Editores de Buenos Aires

Otro libro curioso se titula *Los dioses de la Pampa*, por Godofredo Daireaux, 1902, en cuya portada aparece un dibujo de una india desnuda ejecutado por Eduardo Sívori⁸. Igualmente, es acreedor de una mención, por sus láminas, *Leyendas nacionales*, por Adolfo P. Carranza, 1894.

4. NICOLÁS GARCÍA OLANO, LIBRERO IDEALISTA

Fue otro buen librero y, precisamente, por ser poco conocido, tanto en el gremio comercial como en los círculos culturales, merece un recuerdo.

De origen español —había nacido en Lugo el 10 de enero de 1869— arribó a Buenos Aires en 1886 y murió en la misma ciudad el 17 de setiembre de 1930. Cursó estudios secundarios en Santiago de Compostela en cuya Universidad profesaba, a la sazón, su padre⁹. Era un hombre culto, pues, además, conocía varios idiomas. De carácter bondadoso y cordial, laborioso y perseverante, se caracterizó, sobre todo, por su rectitud moral y probidad en los negocios. Estas calidades unidas a su proverbial desinterés e idealismo, contribuyeron, como es de imaginarse, a su infortunio comercial. Así, sin más títulos, este hombre fue siempre modesto en bienes materiales y opulento en bienes espirituales.

García Olano, poco después de 1892, fundó su librería en la calle Rivadavia 1857, de donde se trasladó luego a Cangallo N° 735. Pero los locales que lograron más notoriedad por la importancia del surtido

del tradicionalista entrerriano, quien trazó una semblanza del ilustrador malagueño en su libro *De cepa criolla*, La Plata, J. Sesé 1908, p. 125-132.

⁸ Eduardo Sívori nació en Buenos Aires en 1847 y murió en la misma ciudad el 5 de junio de 1918. Fue pintor y grabador de quilates extraordinarios. Sólo por excepción ilustró alguno que otro libro; además del de Daireaux exornó las *Poesías de Domingo Martinto*, Peuser, 1894, ejemplar único impreso en papel Whatman, con 34 dibujos y acuarelas originales, algunas de las cuales son verdaderos cuadros y pueden contarse entre las mejores obras del artista.

⁹ Debemos estos datos a la gentileza de uno de los hijos, don Luis García Pozo, residente en la Capital Federal.

de libros que albergaban fueron, sucesivamente, los ubicados en calle Cuyo N° 815 y Artes 888. La casa de la calle Cuyo se frustró en un proyecto utópico que quiso convertirla en la *Librería de América*.

Manuel Gálvez menciona, en sus memorias, esta curiosa aventura: *Las empresas de David Peña —dice— fueron innumerables. Después de aquella institución para el fomento del teatro nacional, ocurriósele lo de la Librería de América. Fundó una sociedad por acciones. Nadie creía en el éxito de tan prematuro proyecto, pero, en parte por amistad con el iniciador, en parte porque Peña era un seductor y tenía el don de convencer, el caso fue que casi todas las acciones se cubrieron. Yo me clavé con dos, es decir, con doscientos pesos. Una vez reunido el dinero la sociedad compró su negocio al librero García Olano, que tenía una buena casa en la calle Cuyo. García Olano era tan iluso como Peña, y, por consiguiente, estaba indicado por su destino para caer bajo su palabra seductora. García Olano se quedó sin su librería, pero no recibió sino una insignificante parte del precio por el cual la vendiera. El pobre hombre se arruinó, y nunca más pudo levantarse*¹⁰.

Luego de este revés comercial, allá por 1906, don Nicolás, librero de vocación y de férrea voluntad, intentaría una nueva empresa. Sentó sus reales en la calle Artes, según dijimos, y allí desplegaría una intensa actividad durante varios años. Su casa veíase muy concurrida por estudiantes universitarios y algunas personalidades de la política y de las letras que departen con el dueño en la trastienda de su negocio. Entre los más asiduos visitantes se contaban el doctor Eduardo Holmberg, el botánico famoso; el poeta Rafael Obligado; el doctor Darío Rocha; el general Garmendia, dueño por ese entonces de una rica biblioteca y colección de armas antiguas; el doctor Mario Bravo; Clemente Onelli, director del Jardín Zoológico; el poeta Arturo Vázquez Cey y otros.

Paralelamente con sus tareas de librero, García Olano tuvo a su cargo funciones editoriales. Bajo este aspecto se desempeñó como ad-

¹⁰ GÁLVEZ, Manuel, *Recuerdos de la vida literaria. Amigos y maestros de mi juventud*. Buenos Aires, Hachette, 1961, p. 253.

Otros Libreros y Editores de Buenos Aires

ministrador de La Cultura Argentina, la inolvidable colección fundada por José Ingenieros con la ayuda generosa de Severo Vaccaro, y de la revista de arte *Pallas*.

También fue director-gerente de *Amigos del Libro*, entidad editora con domicilio, antes del año 1918, en la calle Perú N° 71. Por último, en 1922 fundó una revista humorística denominada *La Chacota*.

Retirado del comercio, ejerció la dirección de la biblioteca del Club Español desde 1923 hasta el día de su muerte.

5. RAFAEL PALUMBO, EL PATRIARCA DE LOS LIBREROS DE VIEJO

Los Palumbo formaban una verdadera dinastía de libreros. El padre poseía un comercio en Nápoles y fiel a la tradición europea —los hijos continúan la profesión u oficio que heredaron sus antecesores— Rafael, juntamente con sus hermanos Genaro, Vicente y Juan se dedicaron a vender libros. Todos ellos llegaron a principios del siglo a Buenos Aires y establecieron, separada e independientemente, casas de compra-venta de libros usados. Fueron típicos exponentes de esta modalidad comercial —los baratillos de lance— y contribuyeron así a su difusión creando, al propio tiempo, la curiosidad bibliográfica entre nuestros incipientes coleccionistas.

Rafael Palumbo nació en Nápoles, Italia, el 16 de marzo de 1875, llegó al país en 1905 y falleció en Buenos Aires el 23 de marzo de 1964. Fue lisa y simplemente un librero cabal, de raza. De agudo instinto mercantil, era astuto, mañoso y regatón en los precios. Pero también supo ser generoso y útil como buen consejero de lecturas y obras raras. En 1907 instaló su modesta tienda en la calle Lavalle al 800, frente a la casa de Dardo Rocha, *un salón inmenso atestado hasta el techo de volúmenes. El local era más largo y tenebroso que el antro de Trofonio*¹¹. La vecindad ilustre hizo que don Rafael se relacionara con

¹¹ Así lo recuerda Roberto Arlt quién allá por 1910, siendo un muchacho de 15 años, estuvo como empleado en la librería. En su novela *El juguete rabioso*,

destacados políticos y hombres de letras de la época, muchos de los cuales eran figuras familiares en la librería. Palumbo solía recordar, con no disimulado orgullo, el trato amistoso que cultivó con algunos, como el general Julio A. Roca, Carlos Ibarguren, Lisandro de la Torre, Joaquín V. González y José Ingenieros. Este privilegio le brindó, también, el conocimiento de muchas noticias y sucesos del mundillo social, circunstancia que contribuyó a hacerlo dueño de un rico anecdotario.

Después de varios años Palumbo debió abandonar el local primitivo y se estableció en la misma arteria al 1100. Poco después de 1934, la apertura de la avenida 9 de Julio lo empujó hacia la calle Corrientes N° 1664, etapa final de su largo itinerario de sesenta años al servicio de la cultura. Allí se lo veía cotidianamente, siempre vital y dicharachero, apagado el vozarrón de los años mozos, pringosa la vestimenta, exhibiendo su enorme melena y barba blancas, como un patriarca de los libros, hurgar entre ellos y conversar con los clientes.

Testimonio de reconocimiento por su bonhomía y simpatía —virtudes de Palumbo— es el obsequio que le hizo uno de los descendientes del general José María Paz, de una partida valiosa de tres mil ejemplares de las Memorias del prócer. El librero invocaba el hecho como una prueba de desinterés con que solía proceder en su comportamiento profesional.

Como botón de recuerdo final, mencionemos un fiasco en la afortunada actividad mercantil de don Rafael. Fue allá por los días gozosos del centenario, en 1910, luego de haber adquirido la biblioteca de Gabriel Carrasco, *penetraba en la librería uno de esos husmeadores solitarios, desprendidos de todo contacto humano; revolviendo y hojeando, de pronto pidió el precio de un libraco voluminoso y destartado, que halló sobre un armario, apilado con otras obras. El librero le pidió 100 pesos; el candidato regateó, le pareció caro, cerrándose por fin la operación en 80 pesos, marchándose rápidamente el comprador*

2ª. edición, Buenos Aires, Claridad, el escritor relata su aventura comercial y, bajo el nombre de don Gaetano, traza una verídica y animada semblanza de Rafael Palumbo. *Op. cit.*, p. 53 y siguiente.

JOSÉ LUIS CANTILLO

Don Juan de Garay

FUNDADOR

DE LAS CIUDADES DE BUENOS AIRES Y SANTA FE

BUENOS AIRES

LIBRERÍA BRÉDAHL

FLORIDA, 234

—
1904

Portada de *Don Juan de Garay*,
1904, estudio histórico de José
Luis Cantilo.

Otros Libreros y Editores de Buenos Aires

*solitario. A los tres días Buenos Aires quedó estupefacta por una noticia publicada por los diarios de la tarde: En una librería de viejos se había adquirido una Biblia Gutenberg a 80 nacionales por la cual pagaría 10.000 libras esterlinas el Museo Británico. Y así fue. La Biblia está desde entonces en dicho Museo*¹².

6. LIBREROS OLVIDADOS

Brevemente mencionamos a continuación a tres libreros que vivieron casi en la penumbra, humildemente, y desaparecieron en silencio, dejando un simpático recuerdo entre quienes gozaron de su trato personal. Ellos son: Enrique Navarro Viola, Juan Antonio Llambías y Alfredo Bredahl. De los dos primeros tenemos pocas noticias.

Enrique Navarro Viola, hermano de Alberto, el celebrado bibliófilo y bibliógrafo editor del *Anuario*... que se inicia en 1880 y llega hasta 1887, continuado durante los dos últimos años por el librero, con motivo del prematuro fallecimiento del fundador en 1885. Esta librería data el año 1879 y se estableció en la calle Moreno N° 100, antiguo, haciendo esquina con Bolívar, lugar que ocuparía a principios de siglo el comercio similar de Antonio García Santos.

Navarro Viola editó y distribuyó los volúmenes de la llamada *Biblioteca Popular de Buenos Aires*, colección de *amena literatura*, dirigida por su propio padre, don Miguel Navarro Viola (1830-1890), jurista y anticuario, colección que alcanzó a formar 36 tomos, en su mayoría de autores españoles y algunos traducidos del inglés y francés.

Un año después de la fundación de esta casa, en 1880, Juan Antonio Llambías levantaba la librería Portaña, hoy Crespillo, en Bolívar 369.

En la trastienda del local, de escasas comodidades, tuvo origen, el 2 de febrero de 1891, gracias a la iniciativa de un grupo de periodistas,

¹² PEÑA LILLO, Arturo, *Los encantadores de serpientes* (Mundo y submundo del libro). Buenos Aires, Peña Lillo, 1965, p. 109.

una entidad *de protección mutua entre los miembros de la prensa diaria*, que se llamó *Círculo de Cronistas*, germen de la poderosa organización que, poco después, se denominaría *Círculo de la Prensa*.

Llambías se dedicó, preferentemente, como editor, a publicar poesías criollas y composiciones gauchescas, entre las que figuraron algunas obritas de Sebastián Celestino Berón y otros payadores de la época.

A fines del siglo anterior —en 1896 para ser más precisos— se instaló con librería y editorial don Alfredo Bredahl, de origen dinamarqués, llegado muy joven al país. Su casa ocupaba un solar de la calle Rivadavia al 600, donde hoy se emplaza el edificio del restaurante Pedemonte.

Don Alfredo, que, antes de ejercer el comercio se había desempeñado en varios menesteres, era persona culta y caballeresca, de sobrios modales, muy extremoso en sus hábitos de trabajo y costumbres. Por ello dispensó siempre su amistad con gran economía, sentimiento que cultivaba celosamente entre las figuras representativas de su clientela.

Varios libros llevan el sello de su nombre como editor. Entre ellos, *Rosas del crepúsculo*, 1899, por Carlos Ortiz, el poeta asesinado en Chivilcoy en 1910 por la barbarie de comité; *Del fondo de mi tenero*, 1901, por B. F. Alemán y *Retacitos militares*, del mismo autor; *Don Juan de Garay*, 1904, por J. L. Cantilo, y *Pompeyo Gener*, sin año, por José León Pagano.

Realizada esta primera etapa, Bredahl abandonó su quehacer librero y se trasladó a una finca próxima, ubicada en la calle Florida N° 234, actualmente parte de la casa central de Gath y Chaves, instalando allí la primera papelería de lujo especializada en impresiones finas y artísticas. Para ello contrató a grabadores y litógrafos extranjeros que perfeccionaron con gran esmero esta técnica.

En el año 1916 Bredahl transfirió su establecimiento a don Guillermo Plumayer y en 1931 la actual firma Bruno-Bredahl, dedicada al mismo ramo de tipografía suntuaria, adquirió del último la explotación con carácter exclusivo de su nombre y clientela.

JOSÉ LUIS CANTILLO

Don Juan de Garay

FUNDADOR

DE LAS CIUDADES DE BUENOS AIRES Y SANTA FE

BUENOS AIRES *

LIBRERÍA BRÉDAHL

FLORIDA, 234

—
1904

Portada de *Don Juan de Garay*,
1904, estudio histórico de José
Luis Cantilo.

Otros Libreros y Editores de Buenos Aires

Don Alfredo Bredahl falleció en Buenos Aires entre los años 1941-1942, sin dejar descendientes ¹³.

7. TRES IMPRESORES FAMOSOS: MARTÍN BIEDMA, STILLER Y LAASS Y LA VASCONIA, DE FRANCISCO GRANDMONTAGNE

Durante el siglo anterior y principios del actual, hubo en Buenos Aires, entre otras, tres imprentas, hoy desaparecidas, que lograron justo prestigio, tanto por la calidad de sus impresos, como por la organización de sus talleres gráficos.

De esos establecimientos salieron numerosos libros, algunos de ellos muy codiciados por los bibliófilos, en razón de su rareza o belleza tipográfica.

Martín Biedma. Este obrero del arte de imprimir usó su nombre a la Imprenta Rural desde el año 1872 en que fue fundada en la calle Belgrano N° 135, antiguo, hasta 1875, período durante el cual se desempeñó como regente del mencionado taller. A partir de esta última fecha el establecimiento, adquirido en propiedad por Martín Biedma (1847 —Buenos Aires— 1909), llevará el nombre de su nuevo dueño. Don Martín no era, por cierto, bisoño en el oficio. Desde niño se había familiarizado en el arte de parar letras en las imprentas de la *Nación Argentina*, el diario de José María Gutiérrez, antecesor inmediato de *La Nación*, de Bartolomé Mitre, y en *La República*, de Manuel Bilbao, el primer periódico que se voceó y vendió en las calles de la ciudad. Bajo el cuidado de estos avezados hombres de prensa, Biedma haría su aprendizaje, alcanzando muy pronto una gran reputación por su seriedad e idoneidad profesional. Espíritu progresista y de múltiples iniciativas, contribuyó a dar prestancia y jerarquía a la imprenta de su tiempo. Creó instituciones benéficas para sus operarios, estableció una biblioteca especializada para los mismos y organizó los primeros concursos tipográficos de estímulo.

¹³ La razón social Bruno-Bredahl ha tenido la gentileza de proporcionarnos los datos referentes al librero danés.

En 1891 incorporó a la casa a su hijo mayor Martín José, girando desde entonces el establecimiento bajo el rubro de Martín Biedma e hijo ,hasta que se extinguió la firma en las postrimerías del año 1910.

Llevaron el sello de este afamado taller muchas tesis de médicos y abogados como, asimismo, de obras importantes por su autor y por su título.

He aquí algunas: *Los intereses argentinos*, por Luis A. Huergo, Imp. Rural, 1873; *Cartas de Bilbao a Sarmiento*, recopiladas por un amigo de la verdad, Impr. Rural, 1875; *Exposición y protesta*, por Elisa Alicia Lynch, Imp. Rural, 1875; *Noticias y documentos sobre la revolución de setiembre de 1874*, por Florencio del Mármol, Biedma, 1876; *Apuntes para una historia de las literaturas clásicas, griega y latina*, por Matías Calandrelli, Biedma, 1876; *Poesías escogidas*, por Ricardo Gutiérrez, Biedma, 1878; *Virreinato del Río de la Plata*, por Vicente G. Quesada, Biedma, 1881; *Bosquejo histórico de la universidad de Córdoba*, por Juan M. Garro, Biedma, 1882; *La defensa de Buenos Aires*, por Carlos Tejedor, Biedma, 1881; *La gran aldea*, primera edición, por Lucio Vicente López, publicada originariamente en folletín en el diario *Sud América*, Biedma, 1884; *Fruto vedado*, la famosa novela de Paul Groussac, de la cual se hizo una tirada de lujo de 15 ejemplares en papel de Holanda, Biedma, 1884; *Ensayos periodísticos*, por Francisco A. Barroetaveña, Biedma, 1890; *Estudios numismáticos*, por Alejandro Rosa, Biedma, 1895; *El federalismo argentino*, por Carlos O. Bunge, Biedma, 1897. En 1907 este editor dio a la estampa dos libros de versos, hoy piezas raras y muy buscadas: *Las barcas*, por Enrique Banchs y *El enigma interior*, por Manuel Gálvez, cuyas características gráficas —según el autor— lo asemejan a la edición príncipe de los *Cantos de vida y esperanza*, de Rubén Darío, libro primorosamente impreso en Madrid, 1905, por la tipografía de la Revista de archivos, bibliotecas y museos.

Uno de los últimos libros de este taller es la nutrida *Antología de poetas argentinos* compilada en diez volúmenes por Juan de la Cruz

Otros Lábreros y Editores de Buenos Aires

Puig, con pretendido espíritu patriótico para celebrar en 1910 el centenario de la revolución de mayo.

Stiller y Laass. Poco después de 1880 se estableció en la calle San Martín N° 160, antiguo, entre Cangallo y Sarmiento, un pequeño taller de imprenta, propiedad de Curt Stiller y Rodolfo Laass, dos expertos impresores de origen alemán, llegados poco antes a Buenos Aires. Allí cultivaron, también, con buen gusto artístico la litografía y la encuadernación. Algunos libros perpetúan el recuerdo de esta jornada inicial al servicio de la imprenta argentina tales, por ejemplo, *Ensayos poéticos*, de Roberto J. Payró, *bonita edición*, según el exigente criterio de Alberto Navarro Viola; *Memoria descriptiva de la provincia de Santiago del Estero*, por Alejandro Gancedo, 1885; *Bosquejo de Buenos Aires*, por A. Galarce, 2 v. 1886; *Diccionario biográfico bibliográfico de escritores antiguos y modernos*, por Benigno T. Martínez, 1886, etc.

En 1887 se disuelve la firma comercial y sobre la base del primitivo y modesto establecimiento *La Unión*, se forma una poderosa sociedad anónima denominada Compañía Sudamericana de Billetes de Banco.

La nueva casa se instaló en un amplio local ubicado en calle Chile con frentes a la calle Balcarce y Paseo Colón. Al poco tiempo la empresa conquistó el favor y la confianza del público por la eximia calidad de sus impresiones. Factor decisivo en las etapas de su creciente progreso fue, sin duda, la incorporación a su personal de dos técnicos extranjeros muy avezados en sus respectivas especialidades: Curt Alfredo Berger¹⁴ contratado como litógrafo impresor y Alfonso Bosco¹⁵ a quien se le confió la dirección artística del establecimiento.

¹⁴ Curt Alfredo Berger nació en Leipzig (Alemania) en 1869 y falleció en Buenos Aires el 2 de junio de 1948. Terminado su contrato se estableció con la representación de una fábrica de tintas y material de imprenta. En 1914 fundó en Leipzig, donde fue cónsul argentino, una empresa del mismo ramo.

¹⁵ Alfonso Bosco nació en Turín (Italia) en 1858 y murió en Buenos Aires en 1921. Llegó a la Argentina en 1881. Grabador y litógrafo conocía las diversas técnicas del arte de la incisión e inició a los artistas locales en estas disciplinas. Sus discípulos más destacados fueron Mario A. Canale y Martín A. Malharro. Bosco ejecutó hermosas aguafuertes ,litografías originales y numero-

La Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, como lo indica su propia leyenda comercial, se dedicó originariamente a la impresión de valores fiscales. Varios países limítrofes confiaron a la pericia y honestidad de los directores de la empresa la confección de estampillas y papeles de cambio. La misma República Argentina hizo lo propio hasta que se habilitaron para ese fin los talleres de la Casa de Moneda¹⁶.

Además de esta delicada tarea que cumplió siempre con un alto sentido de responsabilidad moral, la Compañía Sudamericana es merecedora de figurar en los fastos de nuestra cultura por su contribución positiva al mejoramiento de la edición de libros y de todo género de impresos. En efecto, durante más de 30 años —se disolvió en 1918— salieron de sus prensas numerosas obras de fina y elegante factura técnica, algunas hermosamente ilustradas. Recordamos, al azar, algunos títulos: *Corona fúnebre dedicada al brigadier general Carlos de Alvear*, 1890; *Escritos y discursos*, 2 v., de Guillermo Rawson, 1891; *El imperio jesuítico*, de Leopoldo Lugones, 1904, y *Trepando los Andes*, de Clemente Onelli, también del referido año 1904, dos bellos y elegantes volúmenes; *El casamiento de Laucha*, 1906, la inolvidable novela de Roberto J. Payró, ilustrada por Fortuny; *Buenos Aires colonial; edificios y costumbres*, por José Antonio Pillado, 1910, de espléndida presentación gráfica y tipográfica, lo mismo que *La pirá-sos ex-libris* muy apreciados, cuya colección expuso en Viena. Luego fueron editados lujosamente en un volumen por Arturo Wolf.

¹⁶ La impresión de billetes de banco fue encomendada a la referida Compañía por decreto del poder ejecutivo del año 1890. La última emisión procedente de dicho establecimiento lleva la fecha del 1° de enero de 1895.

En los valores emitidos en virtud de la ley de 3 de noviembre de 1887, hay dos tipos de billetes de banco, uno de los cuales fue grabado por la c. Bradbury, Wilson y Cia., de Londres y el otro por la Compañía Sudamericana de Billetes de Banco.

En 1897 la estampación de billetes fue puesta a cargo de la Casa de Moneda, organismo del Estado, que efectuó la primera entrega de valores a la Caja de Conversión en octubre del año 1899.

La Compañía Sudamericana imprimió, también, los billetes de la Lotería Nacional durante los años 1894 a 1899 (información suministrada por el Secretario de la dirección general de la Casa de Moneda, señor Juan Carlos Azarri (h)).

EL
IMPERIO JESUÍTICO

ENSAYO HISTÓRICO

POR

L. LUGONES

•
BUENOS AIRES

COMPañÍA SUD-AMERICANA DE BILLETES DE BANCO

Calles Chile 263 y Cangallo 557-59

1904

•

Portada de la primera edición de
El Imperio Jesuítico, de Leopoldo
Lugones.

ROBERTO PAYRO

EL CASAMIENTO DE LAUCHA



BUENOS AIRES

COMPAÑÍA SUD-AMERICANA DE BILLETES DE BANCO

Calles Chile, 263 y Cangallo, 557 59

1906

Portada de la primera edición de
El casamiento de Laucha, 1906,
de Roberto Payró.

LEOPOLDO DIAZ

Bajo-Relieves



BUENOS AIRES
Tipografía "La Vasconia"
Avenida de Mayo, 781
MDCCCXCV

Portada de la primera y única
edición de *Bajo - Relieves*, de Leo-
poldo Díaz.

Otros Libreros y Editores de Buenos Aires

mide de mayo, 1913, del mencionado autor; *La patria vieja*, 1916, de Gregorio F. Rodríguez y *La cinta colorada*, de Martiniano Leguizamón, 1916.

LA VASCONIA, de Francisco Grandmontagne¹⁷. Se estableció aproximadamente en 1894 en la Avenida de Mayo N° 781, casi esquina Piedras, al lado del local que ocupaba el *Ateneo*, inaugurado poco antes, el 25 de abril de 1893. Por el mismo taller se editaba la revista *La Vasconia* que dirigía el dueño de la empresa conjuntamente con José de Uriarte.

Pero, la imprenta que nos ocupa es digna del recuerdo por haber dado a luz varios libros de fuste, algunos de ellos vinculados por su tema a la historia de nuestro modernismo literario. Bajo este aspecto, debe destacarse como singularmente fecundo y representativo el trienio 1895-1897. En ese lapso se advierte una fervorosa inquietud intelectual y cívica, cuyos vehículos de expresión son diarios, revistas, libros, exposiciones de arte, peñas. Recordemos que en 1894 aparece *La Vanguardia*, primitivamente como semanario y el mismo año *El Tiempo*, la hospitalaria tribuna de Carlos Vega Belgrano. El año 1896 es realmente climatérico en el campo de la cultura: llega de Córdoba Leopoldo Lugones; Groussac funda *La Biblioteca* que, a la vuelta de un par de años se extinguiría después de un ruidoso incidente del director con el ministro de instrucción pública; abre sus puertas la Facultad de Filosofía y Letras y se instala el Museo Nacional de Bellas Artes, instituciones que conmueven intensamente el ambiente cultural porteño. También aparecen algunos libros que harán época. Enumeramos los de mayor significación, impresos en el referido taller *La*

¹⁷ Nació en 1866 en España, de padre vascofrancés y murió en su patria, en la ciudad de San Sebastián, en 1936. Llegó muy joven a Buenos Aires como inmigrante y ejerció los oficios más disímiles hasta incorporarse al periodismo. Perteneció a la redacción del diario *La Prensa* y fue su constante colaborador durante muchos años. Escritor costumbrista, dejó varios libros: *Teodoro Foronda*, 1896; *La maldonada*, 1898; *Vivos, tíngos y locos lindos*, serie de viñetas típicamente porteñas, seguida de otra colección amena de figuras y recuerdos, *Los inmigrantes prósperos*, 1927.

Vasconia. Se inicia el año 1895 con un pequeño volumen de sonetos de Leopoldo Díaz (1862-1947) que lleva el título de *Bajo-relieves*. Poco después y de otro carácter, edita un libro ilustrado por Francisco Fortuny, *Cuentas y Leyendas* de Filiberto Oliveira César. Al año siguiente ve la luz un poema de Angel de Estrada hijo (1872-1923) —*Los espejos*— publicado en una plaqueta. Pero el libro de éxito más logrado será *Los raros* de Rubén Darío. Los artículos sobre escritores que el vate nicaragüense venía publicando de tiempo atrás, en *La Nación* especialmente, fueron reunidos en volumen por Angel de Estrada hijo y Miguel de Escalada. El libro salió de las prensas, según reza el colofón, el 12 de octubre de 1896. Este impreso vale por el autor, por la procedencia de la edición —la primera de un taller afamado— por la rareza misma de *Los raros*, cuya tirada no excedió los 400 ejemplares y por el mérito de la ilustración. Esta última consistía en la cabeza de Rubén diseñada en la cubierta por Eduardo Schiaffino¹⁸.

En la iconografía del gran poeta, nada puede compararse a esta breve efigie, ya por la penetración del carácter, ya por su vida interior¹⁹.

En ese mismo año 1896, Grandmontagne hace gemir sus propias prensas para estampar los dos elegantes tomitos de su novela *Teodoro Foronda*. Además, también en 1896, Marcos F. Arredondo imprime sus *Croquis bonaerenses*, muestrario curioso de algunos aspectos de la ciudad.

Poco después, en 1897, se cierra este breve ciclo con una joya bibliográfica —*En la plenitud de los éxtasis*— fina plaqueta que recoge los versos de un poeta en agraz: Carlos Alfredo Becú.

¹⁸ Nació en Buenos Aires en 1858 y murió en la misma ciudad en 1935. Artista y escritor, fue crítico de arte del diario *La Nación* y director fundador del Museo Nacional de Bellas Artes. Dejó, entre otros, un valioso libro: *La pintura y la escultura en la Argentina*, Buenos Aires, ed. del autor, 1933.

¹⁹ PAGANO, José León, *Historia del arte argentino*. Buenos Aires, L'Amateur, 1944, p. 178.

Otros Libreros y Editores de Buenos Aires

Y, con esta promesa de poesía, se eclipsa la gloria de un taller famoso... ²⁰.

²⁰ Nos ha causado extrañeza que un conocedor tan avezado del viejo Buenos Aires como lo es, sin duda alguna, Ricardo M. Llanes, no mencione para nada la imprenta *La Vasconia*, en su libro *La avenida de Mayo (media centuria entre recuerdos y evocaciones)*, Buenos Aires, Kraft, 1955.

Dicha obra —bien documentada, por otra parte— constituye una historia minuciosa de la tradicional arteria porteña, desde su apertura, a fines del siglo anterior, hasta poco después del primer tercio del actual. Allí se hace un ameno relato, tramo por tramo, de los edificios que ocuparon comercios famosos, instituciones culturales, diarios, cafés literarios, peñas, teatros, librerías, etc., como así también se evocan algunos tipos y figuras representativas que dieron color y vida a nuestra avenida por antonomasia.

Con respecto a las librerías existentes en la mencionada calle, sólo cita la de Ramírez, ubicada en el número 1034 y *Las Ciencias*, de Nicolás Marana, instalada en el local N° 646, allá por el año 1909 (Cfr. *Op. cit.*, p. 130).

Llanes olvida dos casas del ramo que tuvieron su cuarto de hora. Ellas son: la librería de Samuel Samet, cripta sagrada para algunos fieles de la generación literaria de 1920, situada en un zaquizamí al pie de la escalera del teatro Avenida N° 1242, y la no menos célebre Cooperativa editorial *Buenos Aires*, fundada por Manuel Gálvez en 1917 en un local ubicado en el N° 791. La misma duró varios años y publicó más de un centenar de libros.

Bibliotecología Especializada- Documentación. Una Antinomia que puede Superarse en el Plano Didáctico

Por

ELVIRA A. LERENA MARTÍNEZ

COMO el título de este artículo lo sugiere, su propósito es señalar de manera muy general un problema central al que se enfrentan quienes tienen la responsabilidad por la formación de los profesionales que sirven las necesidades de la diseminación de la información especializada.

Para alcanzar la perspectiva apropiada, debemos comenzar por recordar que el problema de la diseminación de la información científica y técnica ha alcanzado en nuestro tiempo proporciones inusitadas. Si hay un hecho cultural y social típico de nuestro tiempo más reciente, es el de la preocupación por la utilización adecuada de la información almacenada en repositorios de variados tipos, que van desde las bibliotecas y otros centros de información públicos y privados hasta las fuentes vivas que producen, y también consumen, los productos culturales y del adelanto científico.

La interdependencia en el terreno de la información —que alcanza niveles cada vez más estrechos y totales—, el volumen de la masa documental, que el adelanto del conocimiento origina como nunca existió hasta la fecha, y la segura predicción de su crecimiento en el futuro a escala acelerada, nuevos hechos sociales y culturales, nuevos análisis e interpretación de los hechos, nos enfrentan a un problema de grave responsabilidad social y de dificultades de orden técnico cada vez más delicadas.

La determinación de las necesidades actuales y, en la medida de

lo posible, futuras, para una más efectiva utilización de esos recursos de información a escala mundial, la selección de los métodos más apropiados para alcanzar un efectivo control de las fuentes de información mediante su organización y puesta en servicio, nos enfrentan a la necesidad de una profunda revisión de la teoría y la política de los servicios de información, como también del instrumental lógico y tecnológico necesario.

Se une a estos factores el desarrollo revolucionario de las distintas tecnologías que permiten el almacenamiento y la localización de datos en forma automática. La automatización en otros campos, como la reprografía, posibilita de modo hasta ahora desusado la diseminación de la información científica y técnica. Nuevos adelantos tecnológicos ampliarán, sin duda a breve término, las posibilidades de organización técnica del registro y la diseminación de los materiales documentales, al tiempo que, a la inversa, las necesidades de contralor bibliográfico basado en las técnicas bibliográficas descriptivas convencionales se hacen cada vez más necesarias y exigentes.

Esta revolución tecnológica, unida a la condición totalitaria del problema —para cuyo despertar tanto han hecho los organismos internacionales especializados en los últimos diez años— han dado un nuevo sentido a la empresa que nos ocupa. La difusión de la ciencia de la programación —como *técnica de la predeterminación de los acontecimientos*— agrega otro factor que no puede ser a esta altura desconocido. Nuevas interdependencias han sido señaladas entre el adelanto del conocimiento y el proceso de la educación¹ que preocupan a quienes tienen la responsabilidad por la diseminación de los registros del conocimiento humano.

Este nuevo panorama, de complejidad creciente, obliga a meditar en las bases sobre las cuales formamos los profesionales que entienden en la diseminación del conocimiento.

¿Qué problemas básicos aparecen si deseamos hacer profesionales

¹ HEILPRIN, L. B., *On the information problem ahead in American documentation*, v. 12, n° 1, p. 6-11; Jan. 1961.

Bibliotecología Especializada - Documentación

realmente providentes —y no meros técnicos—, capaces de aplicar las técnicas y los métodos más apropiados en cada situación para la organización de mejores servicios económicamente dirigidos?

En primer lugar debemos admitir que la formación que se imparta no puede ser excesivamente dogmática —cómo podría serlo a esta altura del desarrollo de la ciencia que nos ocupa!— ni basada preponderantemente en procedimientos descriptivos. Debe tender a desarrollar las aptitudes para la sistematización de los conocimientos y la investigación, acentuándose el contenido científico de la profesión, sin descuidar el adiestramiento en las técnicas y los métodos fundamentales.

Este supuesto condiciona estrechamente tanto el contenido formal de los programas como la metodología didáctica a utilizarse. Deberá tenerse presente que el profesional se enfrenta a problemas de naturaleza variada como difícilmente pudo alguien imaginar hace apenas un cuarto de siglo. Esto requiere, desde el punto de vista didáctico, una particular preocupación por superar las fronteras del tecnicismo de cada especialidad, tendiendo a una integración efectiva que desarrolle las aptitudes de comprensión del fenómeno en su totalidad.

Un rápido análisis podría clasificar los problemas involucrados en los procesos de la transmisión de la información científica y técnica en los siguientes: problemas atinentes a los procesos intelectuales (clasificación o categorización, codificación o simbolización sistemática para el tratamiento de las codificaciones especializadas y compilación de índices); problemas de la naturaleza física de los registros (a la fecha, en los sistemas más avanzados, configuran la verdadera revolución en las llamadas *técnicas de la documentación*, problemas éstos, por lo menos en la etapa del diseño de los sistemas, de competencia de la ingeniería electrónica); problemas de naturaleza operativa², que atienden a la eficiencia de los sistemas de información y al planeamiento de

² SADOSEY, MANUEL, *Necesidad de organización de la documentación científica para el progreso científico y técnico de América Latina*, en *Seminario Latinoamericano sobre Documentación Científica*, Lima, 3-8 setiembre de 1962, p. 1-12.

actividades en un plano ya institucional mediante el análisis y la evaluación previos.

¿En qué momento del proceso se produce la mencionada revolución de las técnicas de organización de los materiales documentales para su uso en los servicios de información? Cuando comienza el uso de las máquinas para el almacenamiento y la recuperación de la información. El examen analítico y la síntesis documentales son las operaciones lógicas en que se basa, predominantemente, la introducción de los documentos en la memoria de las máquinas. El estudio sistemático comparado entre las técnicas y los métodos de *preparación* de los documentos para su tratamiento mediante las máquinas y las formas tradicionales de índices, y clasificaciones bibliográficas y biblioteconómicas parecería imprescindible para desarrollar una verdadera aptitud metódica frente al problema del análisis del contenido de los documentos. El trabajo de De Grolier³, que analiza los procedimientos para la expresión de las categorías generales y los tipos de relación que se encuentran en las clasificaciones bibliográficas y documentales generales y especiales, es un ejemplo del tipo de estudio que analiza las clases en cuanto tales, considerando comparativamente los esquemas para la organización documental según métodos tradicionales y los cuadros destinados a servir las necesidades de la clasificación mecánica.

La teoría general de la clasificación en sí como forma de la ordenación sistemática de las ideas y los seres, más el estudio de los problemas de simbolización (ya se trate de notación en los sistemas descriptivos o de codificación en los mecánicos) podría formar un campo de estudio común a ambas formas de organización bibliográfica y documental. La frecuentación de los sistemas formales de clasificación bibliográfica, biblioteconómica y documental, en su contenido, mediante la vía del simbolismo expresivo de las distintas ciencias o sectores

³ DE GROLLER, Eric, *Étude sur les catégories générales applicables aux classifications et codifications documentaires*, Paris, UNESCO, 1962 (Documentation et terminologie scientifiques).

Bibliotecología Especializada - Documentación.

de la cultura y, en lo posible, de la sistemática y la metodología de las diversas ciencias en relación con la investigación bibliográfica y documental especializada completa este campo común.

El estudio teórico de la clasificación y recuperación documentales para una mejor selección de los métodos de tratamiento automático de la información, requiere un conocimiento mínimo de las herramientas que ofrecen disciplinas tales como la lógica simbólica, la teoría de la información y la lingüística en sus aspectos semánticos y de sintaxis⁴.

Todo parecería indicar que el principal problema de la diseminación de la información —desde el punto de vista didáctico que nos preocupa— es el del proceso intelectual que sirve de base para el análisis de los elementos documentales, con sus consecuencias de orden lógico y tecnológico, y la toma de decisiones, ya en el campo operativo. Hemos esbozado rápidamente un ejemplo de uno de los campos en los cuales la integración lógico-metodológica parecería conducir a la mejora de los procesos de la enseñanza y del aprendizaje. La revisión del objeto formal de estudio debería ir acompañada, en consecuencia, de la revisión de la metodología didáctica de las distintas disciplinas y de sus interacciones. ¿No sería ociosa una enseñanza profesional que persista en el adiestramiento de las técnicas aisladas, incorporadas por penosa agregación a planes y programas?

⁴ VICKERY, B. C., *Techniques modernes de documentation; analyse des systèmes de recherche de documents*, Paris, Dunod, 1962 (Coll. Sigma, 3).

ELVIRA A. LERENA MARTÍNEZ (Talcahuano 3121, Ap. 2, Montevideo - Uruguay). Bibliotecaria uruguayana nacida en 1919. Cursó estudios en Estados Unidos. Ex directora de la Escuela de Bibliotecarios dependiente de la Universidad de Montevideo. Es autora de numerosos trabajos sobre la materia.

